

Estrategias enunciativas y dispositivos de control discursivo del pasado: violencia y memoria en la enseñanza de las ciencias sociales en Colombia

Jorge Enrique Aponte Otálvaro

Introducción

En este texto se presentan los avances teóricos y metodológicos de una tesis de Maestría en Estudios Sociales adelantada en la Universidad Pedagógica Nacional. En esta investigación se abordaron las estrategias enunciativas sobre la memoria nacional colombiana en el discurso educativo de las ciencias sociales escolares. Para este documento se retoman los desarrollos analíticos y teóricos de dicha investigación, pretendiendo determinar las estrategias de producción enunciativa sobre las memorias de la violencia que

* Licenciado en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magíster en Estudios Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional. Docente catedrático de la Universidad Pedagógica Nacional, Licenciatura en Ciencias Sociales. Docente catedrático de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Licenciatura en Pedagogía Infantil. Investigador del grupo Cyberia de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: jeaponte@gmail.com

agencia la escuela, la cual es comprendida como un dispositivo de control discursivo de la memoria.

En específico se analiza el campo de saber de las ciencias sociales en el ámbito escolar y la narrativa acerca de los fenómenos de violencia política entre los años 1970 y 2000. Lo anterior partiendo de la apuesta teórica que presupone como tarea fundamental hacer explícitas las modalidades de enunciación y los regímenes de verdad que determinan las prácticas escolares en esta área del saber escolar, lo cual permitirá identificar las tecnologías de apropiación, producción y difusión de sentidos del pasado.

Memoria oficial

En los estudios de la memoria se han ostentado tres interrogantes fundamentales: quién hace memoria, qué se recuerda y cómo se elaboran las memorias. Respecto al primer cuestionamiento, se ha indagado sobre los sujetos de las memorias, las organizaciones sociales o los agentes que demandan ejercicios de memoria en medio de los traumas sociales y los conflictos sin sublimar. En relación con el qué se recuerda, los estudios de la memoria abordan los contenidos de los recuerdos, inquiriendo por las narrativas, los significados y los sentidos que toman los hechos del pasado. Finalmente, la incógnita sobre el cómo trata de comprender los mecanismos por medio de los cuales la sociedad y los sujetos elaboran sus recuerdos.

Acerca de este último interrogante se ha establecido que en las sociedades contemporáneas existen agentes e instituciones que producen, reproducen u obliteran algunos discursos del pasado. Entre ellos, los más preeminentes en la argumentación académica han sido las instituciones estatales, los medios tecnológicos de información y las disciplinas investigativas, tales como la historia y la escuela. Existen, entonces, agentes que logran mayor difusión y potencia en sus narrativas, mientras que otros son cegados en sus interpretaciones y producciones de sentido sobre el pasado. A las memorias de mayor extensión y niveles de aceptabilidad pública, los estudios de la

memoria las han denominado “memorias oficiales” (Jelin, 2002), “memorias hegemónicas” (Aguilar, 2008) o “memorias fuertes” (Traverso, 2007); y a las de menor difusión y niveles de aceptabilidad, “memorias otras”, “memorias disidentes” (Gnecco, 2000) o “memorias débiles” (Traverso, 2007).

En este marco comprensivo acerca del cómo se elaboran las memorias, son escasos los análisis sobre los medios de los cuales se valen los agentes sociales para osificar determinada interpretación del pasado en los discursos cotidianos de la sociedad. Aún no se ha explorado en filigrana los procedimientos que permiten que una memoria se posicione como hegemónica. De este modo, partimos por considerar como precario el argumento que considera que las memorias fuertes logran este estatuto gracias a la fortaleza del aparato estatal o a la imposición unidireccional de los medios tecnológicos de información.

La memoria colectiva genera procedimientos de control social e institucional que la convierten en memoria oficial. En esta se encuentran determinadas sus condiciones de utilización y circulación. Al respecto, Aguilar (2006) afirma:

Las memorias colectivas son intermitentemente revividas mediante ceremonias y ritos públicos que pretenden legitimar un presente enraizado en una tradición propia, a la vez que socializar a los nuevos ciudadanos en las tradiciones comunitarias mediante la evocación de un pasado común, generalmente glorioso (p. 6).

Para Jelin (2002), las memorias oficiales son “una versión de la historia que, junto con los símbolos patrios, monumentos y panteones de héroes nacionales, [pueden] servir como nodo central de identificación y de anclaje de la identidad nacional” (p. 40). En el análisis de este gran relato, Jelin considera que se trata del estudio de los procesos y actores que intervienen en el trabajo de construcción y formalización de la memoria de la nación.

En este proyecto se pregunta: ¿quiénes son esos actores? ¿Con quiénes se enfrentan o dialogan en ese proceso de construcción del gran relato?:

Se trata de actores que luchan por el poder, que legitiman su posición en vínculos privilegiados con el pasado, afirmando su continuidad o su ruptura. En estos intentos, sin duda los agentes estatales tienen un papel y un peso central para establecer y elaborar la historia/memoria oficial. Se torna necesario centrar la mirada sobre conflictos y disputas en la interpretación y sentido del pasado, *y en el proceso* por el cual algunos relatos logran desplazar a otros y convertirse en hegemónicos (Jelin, 2002, p. 40).

Para Jelin, esta historia/memoria oficial tiene como propósito definir y reforzar los sentimientos de pertenencia, la cohesión social y, en general, los puntos de referencia que permiten encuadrar las memorias de un grupo en un contexto nacional. Como toda narrativa, esta memoria oficial es selectiva, en tanto opaca y oculta la acción de otros agentes que no hacen parte constitutiva de la narrativa de los héroes o del Estado. Así, esta memoria se convierte en hegemónica y, por tanto, su circulación es mayor.

Siguiendo en parte la línea conceptual planteada por Jelin, Aguilar (2008) denomina a la memoria oficial como “memoria hegemónica”, comprendiéndola como las narrativas y la producción de sentido del pasado que se elabora desde los Estados, pero también como aquella que es dominante en los medios de comunicación, en los discursos cotidianos, en el arte o en la literatura. A su vez, en consonancia con lo expuesto por Jelin, Traverso (2007) propone que la configuración de una memoria oficial pasa por la definición de unas memorias fuertes y memorias débiles:

Hay memorias oficiales alimentadas por instituciones, incluso Estados, y memorias subterráneas, escondidas o prohibidas. La visibilidad y el reconocimiento de una memoria dependen también de la fuerza de

quienes la portan. Dicho de otra manera, hay memorias fuertes y memorias débiles (p. 48).

La fuerza de una memoria es identificada por su reconocimiento público e institucional, más que por el ejercicio que de ella realice una fuerza estatal; aspecto contrario a lo planteado por Jelin. Sin embargo, los dos autores comparten la idea de que las memorias oficiales o fuertes corren el riesgo de aplastar las memorias débiles, es decir, aquellas que no cuentan con mayor circulación.

En su estudio fenomenológico de la memoria, Ricœur (2008) retoma este tratamiento de la memoria oficial como aquella memoria colectiva que es instaurada por y desde el Estado. Asimismo señala que uno de los papeles de esta memoria oficial-estatal es el de construir la identidad colectiva o nacional. Frente a ello, Ricœur le otorga un papel fundamental a la actividad de la historia crítica, que estaría en oposición a la historia oficial, señalando que su función es develar esta memoria oficial, es decir, develar la producción de sentido que desde allí se hace, en sus olvidos, omisiones y resultados. Ricœur (1998) señala:

Lo que está en juego en este punto es la identidad que trata de justificar la historia oficial [...] Lo más difícil no es contar de otra manera o dejarse contar por otros, sino contar de otra manera los acontecimientos fundadores de nuestra propia identidad colectiva, principalmente nacional (Ricœur, 1998, p. 48).

En suma, se opta por comprender a la memoria oficial como un régimen de verdad sobre el pasado y el sentido que se le otorga, en relación con la configuración de una narrativa que en el contexto social específico está bajo los cánones de la economía política de la verdad. Esta memoria oficial tiene en mira instituir una narrativa que expresa o da cuenta del pasado de las sociedades. En estos relatos se hilan tramas que pretenden dar forma a lo

que la sociedad es, a cómo se ve a sí misma y a cómo quiere ser vista por otras colectividades. Esta forma de relacionarse con el pasado se ha asociado a una tecnología de apropiación y uso del pasado, comprendiendo los hechos pasados en el marco de un esquema de verdad y configurando un relato único, una narrativa común de la colectividad. La principal función de esta tecnología de la memoria será la de configurar un relato del pasado que se convierta en mito fundador de la colectividad.

Vale señalar que estas narrativas sobre el pasado están en disputa –como lo indican Traverso, Jelin y Ricœur– en un campo que no es homogéneo; por tanto, logran un estatuto más fuerte aquellas memorias que alcanzan mayor circulación en el escenario público. Por lo general, el mecanismo privilegiado por medio del cual una narrativa sobre el pasado logra imponerse sobre otra es el agenciamiento, producción y regulación que hacen las instituciones del Estado sobre dicha narrativa. Aunque, como se ha mencionado, no es el mecanismo exclusivo.

Estrategias de fijación de la memoria

En la investigación adelantada se determinaron tres estrategias de fijación, con base en los planteamientos de Lechner (1999) sobre la producción de sentidos e imaginarios de nación por medio de la memoria y la historia. La primera de ellas es la *repetición*, estrategia enunciativa por medio de la cual se realizan constantes reiteraciones de eventos pasados, formas de esquematización o saturación de imágenes que tienen por objetivo ocultar, en un solo relato homogéneo y coherente, las figuras o los detalles resaltables. Una segunda estrategia es la *sobreproyección*, en la cual se favorecen ciertas figuras o fechas simbólicas del pasado que exaltan el presente. La tercera y última estrategia de fijación es la *descontextualización*, en la cual se relacionan figuras y fechas de disímiles épocas, dejando al hecho histórico desprovisto de su propio contexto y, de este modo, transformando la figura o el acontecimiento en un mito atemporal que busca legitimar políticas del presente.

Dispositivos de control: la escuela y la enseñanza de las ciencias sociales

La memoria oficial cuenta con la escuela como procedimiento o dispositivo de control del discurso. Ha sido una apuesta teórica demostrar en esta investigación que la memoria oficial tiene en las prácticas escolares un lugar privilegiado de producción, regulación, transmisión, exclusión y control del discurso sobre el pasado de las sociedades. Sobre el rol de la escuela en este ejercicio de control discursivo vale recordar lo expuesto por Foucault (1999) cuando aseveraba:

La educación, por más que sea de derecho, es el instrumento gracias al cual todo individuo en una sociedad como la nuestra puede acceder a no importa qué tipo de discurso; se sabe que sigue en su distribución, en lo que permite y en lo que impide, las líneas que le vienen marcadas por las distancias, las oposiciones y las luchas sociales. Todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican (p. 37).

En la educación se mantiene o se transforma el discurso, se le otorgan líneas de aplicabilidad que permiten definir aquello que puede ser dicho o, en nuestro caso, que puede ser recordado. Al respecto, Jelin y Lorenz (2004) afirman:

El espacio escolar es clave para la transmisión de conocimientos específicos, pero también se espera que lo sea para la transmisión de valores y reglas sociales. Por añadidura, también se lo ve como clave para la construcción de identidades colectivas, especialmente aquellas concentradas en torno a la idea de nación (p. 2).

Al ser la memoria una construcción social que es regulada, la escuela no solo transmite unidireccionalmente los hechos del pasado a las nuevas generaciones; por el contrario, en la escuelas confluyen diversos actores que

van desde los estudiantes y docentes, hasta las directivas, padres de familia, medios de comunicación y políticas oficiales, cada uno con interpretaciones diferentes sobre los hechos del pasado (Jelin y Lorenz, 2004).

En la escuela, la memoria nacional es construida. Su estatuto de verdad es otorgado en gran medida por los ejercicios de evocación que se realizan en los programas y en las prácticas escolares. “En el espacio escolar, la memoria tiene que ver con la constitución de un presente y un futuro [...], con la construcción de vínculos sociales y con la transmisión de códigos y experiencias colectivas” (Finocchio, 1999, p. 5, citado en Lorenz, 2004, p. 97). Aunque hasta el momento se ha establecido que la escuela es un lugar de producción y control discursivo del pasado, no todos los saberes escolares que en ella confluyen operan o adquieren total relevancia. Es pródigamente compartida la idea de que la enseñanza de las ciencias sociales tiene un papel principal en la elaboración de narrativas sobre el pasado.

La enseñanza de las ciencias sociales en Colombia ha actuado como un dispositivo para la transmisión y el sustento de un relato común sobre el pasado. Esta narrativa tradicional o memoria ha perdurado durante décadas en la estructura memorística de nuestra sociedad, transmitiéndose por generaciones como un recuerdo común y expresado por medio de recursos como la reiteración, la sobreproyección y la descontextualización; procedimientos enunciativos que son latentes en los libros de texto, programas de estudio, material didáctico, planeadores escolares, revistas especializadas y cuadernos de ciencias sociales.

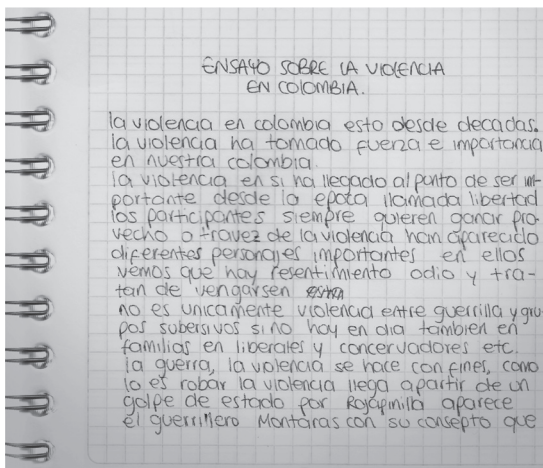
La repetición se manifiesta en la fijación de fechas conmemorativas, implantando lugares de festejo y recuerdo sobre el conflicto armado y los fenómenos de violencia política del país. Por ejemplo, en la siguiente cita extraída de un libro de texto de los años noventa se pone de manifiesto la interpretación sobre los procesos de masacre y genocidio del cual hicieron parte los asesinatos de Jaime Pardo Leal y Bernardo Jaramillo, que se relacionan con otros asesinatos de candidatos a la presidencia de esta época:

Durante los últimos meses del gobierno de Virgilio Barco se tuvieron elecciones para elegir [sic] los miembros del Congreso, las asambleas departamentales, los concejos municipales, los alcaldes y el presidente. Igualmente, se hizo una votación entre los liberales para decidir quién debía ser el candidato de ese partido a la presidencia. Estos procesos electorales estuvieron acompañados de muchos actos de violencia. Entre agosto de 1989 y abril de 1990 fueron asesinados tres candidatos presidenciales. El primero de ellos fue el precandidato liberal Luis Carlos Galán Sarmiento, quien fue abatido durante una manifestación política en Soacha. Unos meses después, en el aeropuerto de Bogotá fue asesinado Bernardo Jaramillo Ossa, candidato de la Unión Patriótica (Ardila y Vasco, 1991, p. 131).

Otra manifestación de la estrategia de reiteración se presenta en los cuadernos de ciencias sociales. Hoy en día son más sobresalientes u abordados hechos generalizables del pasado que no permiten la fijación de una posición crítica por parte de los estudiantes, quienes asumen actividades reiterativas como la elaboración de biografías de personajes víctimas de la violencia, en las que en particular sobresale la figura de Luis Carlos Galán (ver figura 1). En uno de estos cuadernos se encuentra una actividad en la cual le proponen al estudiante realizar un ensayo sobre la violencia en Colombia. Las primeras líneas del texto del estudiante dice así:

La violencia en Colombia está desde décadas. La violencia ha tomado fuerza e importancia en nuestra Colombia. La violencia en sí ha llegado al punto de ser importante desde la época llamada liberal. Los participantes siempre quieren ganar provecho. A través de la violencia han aparecido diferentes personajes importantes, en ellos vemos que hay resentimiento, odio y tratan de vengarse...

Figura 1. Cuaderno de ciencias sociales



Fuente: autor

La sobreproyección y descontextualización se hacen manifiestas en la elección de ciertas figuras y fechas que son reiteradas, pero que además son tomadas como referentes del presente. Tales son los casos del denominado “Bogotazo”, el cual es definido como un hito fundacional de la violencia en el país. El modelo de este hito es la imagen de Jorge Eliécer Gaitán, que es representado en las fotografías de siempre, omitiendo los programas políticos, el grueso del movimiento que en su momento lideró o los asesinatos previos al magnicidio de Gaitán.

En este hito, otro aspecto fundamental es la representación del caos que simboliza esta fecha. La violencia está asociada al barullo o al desconcierto de los desmadres del pueblo del Bogotazo, quienes desprovistos de un líder se manifiestan anárquicamente (figura 2). De nuevo, los textos escolares, los programas de estudio y las prácticas de enseñanza de las ciencias sociales desconocen los desarrollos investigativos de la historiografía contemporánea, que revitalizan los testimonios de personas activistas y espectadores de esta época y dan cuenta de desarrollos distintos a este hecho.

Figura 2. Libro de texto de los años noventa (fotografía sobre el Bogotazo)



Fuente: autor

Estos hechos son cooptados de sus complejos escenarios históricos concretos. Así, se retoman en un afán ejemplarizante, con la pretensión de tomar lecciones morales del pasado o, como se mencionó anteriormente, despropiar el carácter o los detalles del hecho violento concreto, en función de justificar políticas del presente.

Esta producción discursiva sobre los fenómenos de violencia política en Colombia –discursos que se reproducen desde las ciencias sociales– son un ámbito de saber inmediato a la producción de sentidos sobre el pasado, ya sea por su fuerte carácter axiológico y formativo, en el cual se parte de conocer fenómenos históricos del pasado como datos ejemplarizantes; o

porque se relaciona el conocimiento del pasado con esta área, desde cierta naturalización de su rol.

Es así como las memorias silenciadas por discursos oficiales no han sido suprimidas solamente porque puedan estar fuertemente agenciadas por instituciones estatales, porque tengan a su disposición mayores recursos para su reconocimiento público o porque se haya favorecido la eliminación de los sujetos de estas memorias. A partir de lo sucintamente expuesto, se podría considerar que las memorias oficiales adquieren su estatus por los dispositivos de control discursivo (la escuela y las ciencias sociales escolares) y por las estrategias de apropiación-reproducción con los que cuenta, permitiéndole erigirse como discurso verdadero. Por esta vía, las memorias oficiales regulan el uso del pasado de las colectividades en una “economía política de la verdad” (Foucault, 1994). Es así como la memoria oficial se instituye como un régimen de verdad que define aquello que las sociedades han sido en su pasado, determinando aquello que es en el presente y en sus horizontes futuros.

Referencias

- Aguilar, P. (2006). Aproximaciones teóricas y analíticas al concepto de memoria histórica: la memoria histórica de la guerra civil española, 1936-1939. Documentos de trabajo del seminario de historia contemporánea. Instituto Universitario Ortega y Gasset.
- Aguilar, P. (2008). *Políticas de la memoria y memorias de la política: el caso español en perspectiva comparada*. Madrid: Alianza.
- Ardila, R. y Vasco, E. (1991). *Protagonistas 5: serie de ciencias sociales integradas*. Bogotá: Norma.
- Foucault, M. (1994). *Microfísica del poder*. Madrid: Planeta.
- Foucault, M. (1999). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.

- Gnecco, C. (2000). Historias hegemónicas, historias disidentes: la domesticación política de la memoria social. En: Gnecco C. y Zambrano, M. (2000). *Memorias hegemónicas, memorias disidentes, el pasado como política de la historia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- Jelin, E. y Lorenz, F. (comps.) (2003). *Educación y memoria. La escuela elabora el pasado*. Madrid: Siglo XXI.
- Lechner, N. (1999). Orden y memoria. En Sánchez, G. y Wills, M. (Comps.). *Museo, memoria y Nación*. Bogotá: Ministerio de Cultura, Ministerio de Educación, Universidad Nacional.
- Reyes, C. et ál. (1996). *Sociedades, civilizaciones y culturas: ciencias sociales 9*. Bogotá: Susaeta.
- Ricœur, P. (1999). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- Ricœur, P. (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Rueda, W. et ál. (2004). *Contextos sociales 9*. Bogotá: Santillana.
- Traverso, E. (2007). *El pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Barcelona: Marcial Pons.